

MISCELANEA AMOROSA

Por Carlos VALDES

Medias de seda

LA TARDE, completamente caída de espaldas, enseña el nacimiento color de rosa de sus medias. Ha bebido una peligrosa mezcla de leche y pétalos: el licor de las horas íntimas.

El y ella ante el crepúsculo guardan un silencio rencoroso. Son una pareja que se refugia en el cine, en el café, en el hotel; y dondequiera la luz mancha sus cuerpos con cuadrícula de jaula. Conocen de memoria todos los rincones oscuros; pero ignoran la salida del laberinto más modesto. Se extravián en cualquier escalera de caracol.

El y ella, enfermos de ciudad, han recurrido inútilmente al jardín y a los símbolos freudianos. Ya nada puede redimirlos. Son la pareja eterna: pagan puntualmente los plazos de una televisión adquirida a crédito.

Todo se les perdona con tal que permanezcan estériles. Y entre un hijo y las medias de seda eligen lo más fácil. El problema de ella es mantener derechas las rayas de las medias; el de él pagarlas. Ella se enorgullece en demostrar que el camino más corto entre dos puntos es la raya de sus medias; aunque el imperio de las medias no se prolongue más allá de unos minutos.

Ella preferiría que él en vez de adorar las piernas bien abrigadas, fuera el intrépido volatinero que se burla de las manzanas de Newton. Pero cada quien nace con un destino; él cumple su misión fatal: zafarle los hilos de las medias. Como los bordes de un mueble, sueña ser la zancadilla con sabor a sangre y tierra.

Las bicicletas

Psicología del transporte: el egoísta prefiere el automóvil; el pedante, la motocicleta; el ambicioso, el aeroplano; el soñador, el ferrocarril; el audaz, el paracaídas; el prudente, sus pies... ¿Y la bicicleta? La bicicleta es un mal necesario.

Impersonal, esbelta y ágil, piernas de colibrí: la bicicleta. Con sus dos ruedas al aire, impúdica y desparrada, modelo anatómico de pintor surrealista. La bicicleta va por la calle: humillada cuesta arriba; en los declives, señora.

La bicicleta presta a la juventud aire decidido. Es el tónico de las pantorrillas. Las señoritas de los pantalones prueban el metal de su adolescencia en el agua regia de la bicicleta. La edad ingrata se redondea con la mirada de los transeúntes. La bicicleta es la maestra de baile que corrige las posiciones con férreo bastón de mando: las alumnas deben aprender un ritmo secreto de palmeras.

La bicicleta es la sombra del pobre. Ayuda a conseguir el pan. Es económica: se alimenta con sudor.

La bicicleta de la panadería es una babilonia dorada que incita al pillaje. Clama por su destrucción: una sola piedra en medio del camino bastaría para la catástrofe.

Los lecheros prefieren la bicicleta porque tiene un aire de radiografía bovina. Una bicicleta se parece a otra, como dos gotas de leche; todas son pacientes, y sus cuernos inofensivos.

La bicicleta es frugal, ascética e incompañable. No se concibe a un don Juan galanteando en bicicleta. El amante se cubriría de ridículo, si cometiera un rapto en bicicleta. Ningún juez, por venal que fuera, castigaría con indulgencia a quien se propasara en complicidad de una bicicleta.

La bicicleta de dos asientos es tan monstruosa como un hombre con dos cabezas. Representa una dualidad irreconciliable. Sólo los promotores eternos de riñas las compran.

Espejos desdichados

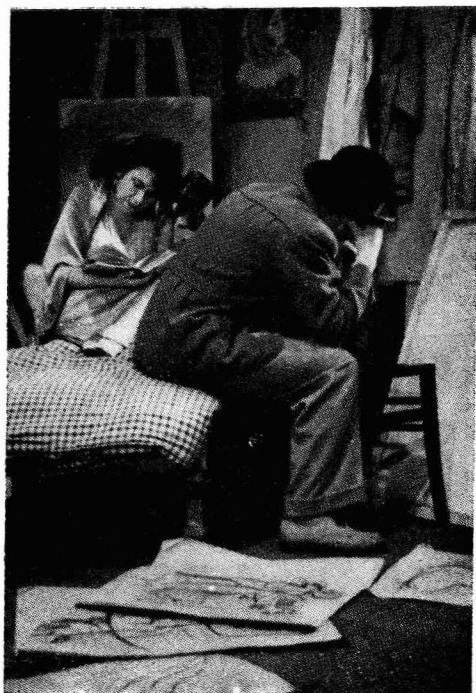
Cada vez se construyen casas más chicas: las paredes se estrechan y los techos descienden. El hombre, apto para inclinar la espalda en besamanos, se conforma; pero hay seres más nobles, incapaces de humillarse. No les queda otro remedio que tomar la puerta. ¡Adaptarse o morir!

Ya que está de moda la filantropía, ¿por qué no se funda un asilo para los enormes espejos desahuciados que no encuentran dónde ampararse?

He visto a los espejos pidiendo asilo de puerta en puerta. En muchas partes la vanidad les franquea el paso; pero ellos no entran, sino que permanecen en el umbral con ojos melancólicos de espejo roto. Su moral inflexible les prohíbe inclinarse.

Nada más triste que un espejo sin hogar. Parece decir al peatón:

—Llévame a tu casa. Soy el talismán de la ilusión y los sueños. Convertiré tu modesto hogar en palacio. Cuando abras una puerta, te franquearé el acceso al



—Photo-Magazin
"enfermos de ciudad"

infinito al través de miles de puertas. Te indicaré sin reproches, más silencioso y diligente que una mujer, si el nudo de tu corbata está en su sitio. Cuando se aproxime el crepúsculo, daré la voz de alarma para que el amor no deshonre tus canas.

Los grandes espejos de salón, como los dinosaurios, están destinados a extinguirse en el planeta. Si al menos fueran como sus hermanos menores, los espejos de bolso: pequeños, acomodaticios, adaladores, coquetos, chismosos. Esos espejitos que son la buena estrella de las mujeres, pero no. Los grandes espejos son de naturaleza más digna; están consagrados a reflejar los pomposos sucesos de la historia. Son dignos y fríos, como un cuadro que representa el mar antes del nacimiento de Venus.

Las colas

¿Por qué la multitud adquirió el hábito de formar colas? Lo ignoro; pero miro con veneración a esos milpiés humanos, ya que me revelan de un golpe la poesía gregaria de la ciudad.



"el cine: Antesala de la fecundidad"

--Photography

Observo a las colas desde lejos. Si alguien se acerca, está perdido. La cola es poderosa: su imán atrae fatalmente. Nunca se sabe a dónde conduce. Pero entre más grande, más fascina. La fuerza de atracción de una cola está en razón directa a su longitud.

El hombre de la ciudad es muy propenso a formar colas. Basta que algún distraído se pare un minuto en la esquina para que despierte convertido en cabeza de una cola gigantesca. Y no hay otro remedio que esperar. ¿Quién se atrevería ir a casa con una multitud siguiéndolo?

La cola es la expresión más pura de la democracia: el turno riguroso. Las Cámaras deberían legislar sobre ella. Ya ha sucedido que algún comerciante sin escrúpulos especule con el espíritu de cuerpo de las masas. El comerciante coloca frente a su establecimiento una fila de estafermos pagados. El público cae como moscas en la miel.

Algunos galanes prostituyen el noble fin social de las colas. Para ellos también debería haber un castigo. Usan las colas como balcón provinciano de la galantería. Ellos saben que el lado flaco de las mujeres es la impaciencia. ¿Acaso hay espectáculo más lamentable que una mujer esperando el ómnibus en la esquina del tiempo?

Extranjeros

El amor de los turistas es muy extraño: son parejas demasiado jóvenes o demasiado caducas. Más que enamorados parecen estetas de la amistad: camaradas en la tarea común de aprisionar los recuerdos en la kodak. Invariablemente ocultan la mirada tras de unos anteojos oscuros; pero el pudor sonroja sus pálidas mejillas. ¿Cómo no avergonzarse, si expresan su cariño en un idioma tan cacofónico?

Los extranjeros con sus camisas floridas inauguran la primavera. Encienden el verano de charlas ininteligibles, y cuando el calor los sofoca, se abanicán con las reverencias de los mozos del hotel. Despiden el otoño con generosas propinas. Y el invierno lamenta su ausencia en los desiertos corredores del hotel.

Los amorosos turistas confunden la playa con el jardín; pero, a veces pagan su equivocación con una ducha salobre. En cambio, casi siempre olvidan procrear hijos. Pero recordemos a su favor que son demasiado jóvenes o demasiado viejos.

Los turistas aman la naturaleza. Sólo es lamentable —sin que ellos tengan la culpa— su contribución a la estadística de incendios forestales. El frotamiento —involuntario— de sus cuerpos bien nutridos produce las chispas que consumen bosques enteros. La prueba más patente de que aman la naturaleza, son los tatuajes amorosos que graban en la corteza de los árboles, como recuerdo imperecedero de unas vacaciones.

Linterna mágica

Vamos al cine a buscar novia o a perderla. Todo es posible en el país irreal de las películas. El hallazgo de un guante impar o un zapato extraviado emociona más que descubrir un nuevo continente.

Los pañuelos femeninos son islas que orientan con su perfume en la oscuridad.

Hay en el cine un espléndido intercambio de realidad y fantasía. A veces los espectadores saltan dentro de la pantalla o una estrella desciende a la luneta. El cine es un puerto donde cualquiera puede embarcarse en una aventura sentimental: parece muy fácil eludir la barrera de la timidez y la reserva.

Cine de barrio: antesala de la fecundidad. El cine, un poco más allá de la tierra, un poco más acá de los sueños, empolla las ilusiones de los pobres de espíritu. El cine incuba pelotas de pin-pon, y agilidad a la Douglas Fairbanks Jr. Los adolescentes abandonan la sala contagiados de una decidida expresión de audacia.

Sábado a sábado, en el cine encontramos a la misma mujer de los besos anónimos y de las caricias gratuitas. Y cuando aparece la empolvada luna de utilería, perdemos el amor en la fatiga de los adioses. ¡Placer perfecto de la sorpresa renovada en las penumbras!

El cine es maestro de los tímidos y de los aburridos, la panacea de los bobos y de los apocados. El cinematógrafo es la visión de los que tienen ojos y no ven. Es la vida misma de los "no-existentes".

El campeón de los encantos femeninos es el cine. Rescató a la mujer de la mediocre intimidad y la elevó al más alto escaparate del mundo: la admiración masculina. El cine es la tierra de los

frutos gigantes: seno inagotable de tibieza y redondez.

Neurastenia

Los neurasténicos están a la altura de su reputación amorosa, por esto tienen ese perpetuo aire de adolescentes que en el crecimiento dejan atrás las ropas. Aman con terquedad, como las veladoras; aman, como los barcos, contra viento y marea; aman más allá del sexo, como las piedras preciosas. No les importa jurar por la luna que su amor es eterno; aunque la luna sea una deslucida bandeja de mozo de café.

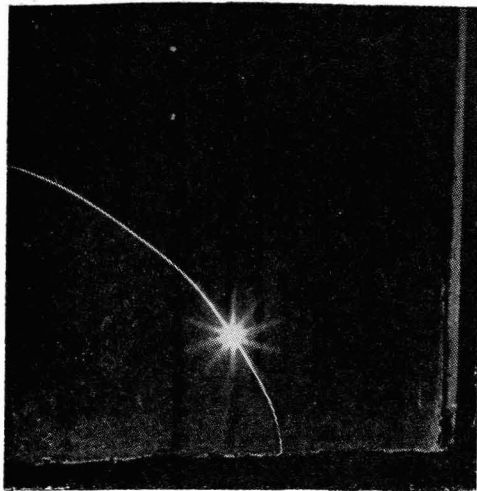
Los neurasténicos son cazadores profesionales de fantasmas amorosos. Intentan pescar en los bordes de las tazas besos extraviados, como si los besos fueran peces rojos de un mar muerto. No reparan en sacrificios para engrosar su colección de sonrisas enigmáticas: emplean horas imposibles en espiar a la Gioconda. Saben distinguir la infinita gama de matices que engendran las sombras. Un segundo antes o después es decisivo. La ocasión es la llave de una puerta que se abre al abismo.

Los neurasténicos son pararrayos de tormentas amorosas. Siempre llegan puntualmente a la cita de la bofetada que de otra manera se desperdiciaría sin remedio. Sólo es cuestión de coincidir en tiempo y espacio. ¡Es tan fácil acertarle una



"el pudor sonroja sus pálidas mejillas"

—Photography



"asoma a todos los crepúsculos"

y otra vez al premio gordo de la mala suerte!

El neurasténico con la pipa del ensueño en los labios asoma a todos los crepúsculos. Ahora el teléfono no suena ni por equivocación. Antes de la espera todos los números telefónicos de la ciudad se confabulaban para equivocarse en el mismo aparato. Las calles prosaicas olvidan evocar el fantasma de una mujer. Los faroles públicos recuerdan el incumplimiento de las promesas más solemnes: son las erguidas lápidas de la constancia masculina.

El insomnio de los neurasténicos abunda en incitantes taconeos femeninos: son las mujeres que perdieron el último tranvía de la noche. La noche es la gota de un filtro monótono y tedioso.

dos últimas generaciones, que tuvieron que dar el paso del aislamiento frente al mundo internacional. No es desprecio sarcástico el de la nueva generación, sino olvido de la experiencia en un paso difícil. La nueva generación, que trabaja a jornadas forzadas para abrirse paso en un ambiente arduo, no admite fácilmente la declaración de que un pueblo es un pueblo feliz cuando obedece, y contento cuando sirve. En la misma página donde se publica esa definición, se daba la noticia de la huelga de esposas. Un hecho curioso, que puede darnos idea de una nueva dirección y de un modo erróneo de llevarla adelante. Los componentes de la Asociación de Esposas de una aldea rural se reúnen para pedir a sus maridos una paga de 2,000 yenes como aguinaldo. Y lo exigen con la huelga. Un hecho sencillamente curioso, pero que quiere indicarnos un despertar del débil, y que acusa también el estado servil de la esposa en la casa japonesa. Si la esposa quiere asumir el mando de la casa, tendrá que acudir a otros medios que no sean precisamente la huelga.

Cuando últimamente se propuso en la Dieta la revisión de la actual Constitución japonesa, hubo dos bloques que se levantaron en protesta: los estudiantes, que presentían la vuelta del militarismo; las mujeres, que temían se les suprimiera la igualdad de derechos que se les concedió al terminar la guerra. Ninguna de las dos partes quería volver atrás. Para muchos japoneses el Japón de antes de la guerra está tan lejos como el Japón de revistas misionales para el niño de Domund.

El que Japón se constituya o no en cabeza del mundo asiático, es algo que deberá decidir, y no muy lejanamente, la nueva generación. La superioridad que se encuentra en Japón con relación a los demás países asiáticos va habla muy en favor de una dirección japonesa, por lo menos en lo cultural. La hora escasa de vuelo entre Seúl y Tokio, cruza un abismo. Los dos pueblos vecinos fueron desgarrados por la guerra. Pero Japón ya no enseña escombros al visitante, y sí presenta un tren de vida moderno, índice de una personalidad muy superior.

El número extraordinariamente grande de estudiantes asiáticos en Japón, habla de la influencia japonesa en Asia, India, Indonesia, Irán, Pakistán, Vietnam, Camboya, Ceilán, Tailandia, Burma, Malaya y Filipinas se han vuelto hacia Tokio, buscando en los amplios edificios de sus universidades la nueva orientación en que se mueve el Continente asiático.

Un profeta humorista de otro periódico, con motivo del final de año, delineaba los hechos del primero de enero del año 1960. En medio de su humor proponía una línea histórica para el futuro del Japón: "La cultura europea, que ha dominado al mundo por muchos siglos, ha llegado a su ocaso. El mundo saluda con entusiasmo la aurora de la cultura asiática".

Si esta profecía se cumpliera, la juventud japonesa tendría —según ella cree desde ahora— un papel importante que desempeñar. Lástima, sólo que en estas cosas el materialismo moderno esté cerrando las puertas a los valores espirituales y trascendentes.

CARTA DEL JAPON

Por Miguel SERRANO

Encrucijada de una nueva generación

EN LAS ACTUALES circunstancias —aseguraba un periódico japonés hace poco tiempo—, el pueblo japonés no vería mal que América, la Unión Soviética o China tomaran las riendas del mundo asiático. Más aún, quedaría impasible ante un nuevo héroe africano que se levantara para dirigir el mundo y el movimiento asiáticos. Japón —decía el mismo periódico— está preparado para aceptar a cualquier nuevo rector de los destinos de Asia, sin que importe su color o credo. Japón está preparado para inclinarse a la manera tradicional ante el primer líder de Asia.

¿Hasta dónde llega la verdad de estas afirmaciones que se hacían públicamente en representación de un pueblo? La historia de un país puede aducir pruebas en pro y en contra de cualquier afirmación. Todo depende del punto de vista de la interpretación que pretendamos. Japón no desea las riendas de Asia, se ha dicho, y el primer hecho histórico que se aduce es el desastre de la segunda guerra mundial, que hizo que Japón perdiera la confianza en sí mismo. Si alguna vez Japón tuvo la ambición de ser la cabeza asiática, todo se fue con el humo y los escombros de la última guerra mundial. Y Japón está contento con el nuevo rumbo de los acontecimientos.

Una afirmación de esta clase, cuando la generación antigua se halla todavía bajo el peso de esos escombros, mientras la nueva generación se levanta sin ningún recuerdo del sonido de los cañones, es un poco prematura. Convendría aguardar un tiempo para que esa distancia abismal que separa a padres e hijos se acortara un poco.

La historia de casi todos los países asiáticos nos habla de fronteras cerradas al exterior. Su civilización se ha incubado con su propio calor. La ruptura de esas murallas de granito ha tenido que venir con una situación internacional que ha hecho imposible el seguir viviendo en el aislamiento de la propia cultura. Japón es uno de los primeros en lanzarse afuera, y lo hace con ímpetus bélicos.

En los tópicos históricos con que suele designarse el carácter de un pueblo, hay que introducir de cuando en cuando reformas. El tiempo y los acontecimientos traen desgastes que imponen un reajuste cuando entre la definición y el ejemplo se establece una ruptura. Hasta hace menos de sesenta años en Japón no se conocían las palabras "libertad" y "derecho". Debido a la supresión de los derechos personales y de la libertad, el pueblo japonés había perdido la noción de ellos, y llegó a familiarizarse con su ausencia. Todavía hoy día hay quien no entiende estas dos palabras que quedaron escritas por McArthur en la actual Constitución japonesa. Sin embargo, querer definir al pueblo japonés le hoy sin estas dos palabras sería inexacto.

Japón no ha perdido la confianza en sí mismo. La generación nueva tiende a levantarse sobre sus propios valores, despreciando un poco la tradición. Su encogerse de hombros se dirige principalmente a esa tradición sustentada por las



"un papel importante que desempeñar"